

La narrativa de la guerra cristera.

Lourdes Celina Vázquez Parada
Depto. de Letras UdeG

En la narrativa mexicana, así como hay una *novela de la Revolución*, existe una *novela cristera*, donde los acontecimientos de la guerra quedan grabados. Aunque tanto por su desarrollo como por el manejo de recursos estilísticos esta última es menos

importante que la primera, en la narrativa cristera encontramos situaciones y visiones del mundo planteadas desde la perspectiva de sus autores, que se han venido conformando como parte de nuestra memoria histórica. La Cristiada, revuelta que se popularizó con el nombre que Jean Meyer dio a su obra¹, no es el orgullo de los mexicanos, y por lo tanto, son pocos los autores que la recogen como tema central en sus obras literarias. Entre ellos, José Guadalupe de Anda, por ejemplo, autor de la novela *Los cristeros*, no alcanzó la difusión que tuvieron Mariano Azuela o Martín Luis Guzmán, autores de narrativa de la revolución. Sin embargo, aunque no exista una gran cantidad de novelas sobre la guerra cristera, sí encontramos una gran cantidad de cuentos, además de testimonios y memorias cuyos autores por lo general no tienen pretensiones literarias.

De las publicaciones que abordaron el conflicto cristero, las aparecidas durante las décadas inmediatas posteriores estuvieron marcadas por un apoyo casi incondicional a un bando y la descalificación del otro, y a medida que va pasando el tiempo, encontramos visiones más críticas y menos apasionadas del conflicto. El texto literario sólo de manera indirecta es un documento histórico. Detrás de los hechos históricos concretos hay una verdad más profunda que no se expresa en fechas exactas y lugares geográficos determinados. El texto literario -en especial la novela histórica- puede servir como fuente de investigación en las ciencias sociales, pero su importancia estriba en que ofrece al lector una visión del mundo que le es ajena y que va más allá del mero testimonio documental. A continuación presentaré las obras de la narrativa cristera en el occidente de México en dos grandes campos: las novelas y los cuentos.

1 La novela cristera

Los autores más representativos de este género son el sacerdote David G. Ramírez, quien escribe bajo el seudónimo de Jorge Gram, Fernando Robles de Guanajuato, José Guadalupe de Anda, de los Altos de Jalisco, Aurelio Robles Castillo de Guadalajara y José Goytortúa Santos del Distrito Federal.

Héctor, de Jorge Gram. Bajo este seudónimo se publicó en 1930 la que es considerada la primera novela cristera², por el sacerdote David G. Ramírez; obra que fue frecuentemente reeditada. Se trata de un texto panfletario que difunde los intereses de la derecha católica, sin que su autor se preocupe mucho por la forma literaria. Su autor, canónico y doctor en teología, describe la guerra como un enfrentamiento de buenos (los cristeros) contra los malos (el gobierno). Sin embargo, *"de no ser porque Héctor fue una de las novelas mexicanas de mayor difusión durante las tres décadas posteriores a la guerra cristera, tal vez sería conveniente no mencionarla."*, señala el crítico literario Wolfgang Vogt³.

Se trata de una novela donde las escenas sangrientas de la guerra y los conflictos de conciencia son resueltos de una manera muy esquemática, justificando siempre las acciones de "los buenos", los cristeros, en contra de "los malos", el gobierno, como lo demuestra esta escena en un confesionario:

"-Padre, yo me alegro en extremo cuando sé que éstos son derrotados, cuando sé que caen muchos heridos y muchos muertos... yo siento grande gozo cuando los hacen añicos... ¿Es esto pecado?"

-¡No, hija mía; no es pecado! No es el odio al prójimo lo que te mueve, es el odio al mal lo que te anima".

Afirmaciones como éstas fueron un lugar común durante la época de la guerra para justificar la lucha armada y alentar la participación de los campesinos. Éstas se difundían en los boletines parroquiales, panfletos y volantes, y circulaban profusamente entre las familias católicas. Aunque la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa siempre deslindó de responsabilidades al clero en las decisiones militares que tomó, no cabe duda que detrás había teólogos que intentaban justificar estas acciones por encima de los preceptos evangélicos. *Héctor*, del doctor en Teología David Ramírez, es un interesante ejemplo del discurso católico de la época.

La Virgen de los cristeros, de Fernando Robles. Fue publicada en 1934 por el guanajuatense y terrateniente cristero Fernando Robles, durante su exilio en Argentina⁴. Hasta 1959 se editó en México y se difundió, desde entonces, ampliamente. En esta obra se reflejan muchos rasgos autobiográficos del autor, quien es miembro de una vieja y respetada familia; perspectiva desde la cual aborda el conflicto:

*“No aprueba la política agraria del gobierno ni las persecuciones religiosas, pero de ninguna manera está dispuesto a aceptar las crueldades de las huestes cristeras... Robles no es un cristero fanático, sino un católico liberal que vio peligrar sus principios tradicionales. No se opuso a la reforma agraria, pero consideró injusta e inútil la repartición de tierras hecha por el gobierno revolucionario y pensó que ésta no benefició realmente a los campesinos y sí perjudicó a los hacendados. En La virgen de los cristeros se reflejan las preocupaciones auténticas de un mexicano conservador de la época de la Revolución”.*⁵

Los Cristeros, la guerra santa de Los Altos. José Guadalupe de Anda En esta novela publicada en 1937, así como en la siguiente, José Guadalupe de Anda trata el tema de la guerra cristera en Los Altos de Jalisco, uno de los escenarios más importantes del conflicto⁶. Sus protagonistas son los campesinos de esta región, retratados de una manera magistral. Reproduce fielmente su lenguaje y personalidad, continuando con la tradición de Azuela en *Los de Abajo*. Policarpo es un campesino honesto que se incorpora de buena fe a la causa cristera, pero no se da cuenta de que está siendo manipulado por el clero. Como no participa en las intrigas de los sacerdotes cristeros, éstos lo mandan fusilar acusándolo de traición.

La figura de Policarpo está contrastada con la de su hermano Felipe, quien representa la postura crítica. Sin embargo, como Felipe abandonó el seminario, nadie le hace caso cuando trata de convencer a su familia de no apoyar a los cristeros. Nunca le perdonan el haber cometido el "sacrilegio" de abandonar sus estudios religiosos y ponerse en contra del movimiento.

Las figuras negativas son los sacerdotes, representados en las figuras del Padre Vega y del padre Pedroza; aunque no son ellos, tampoco, los principales responsables, sino la jerarquía católica que alienta la lucha desde su comodidad en las grandes ciudades y sin comprometerse realmente. En esta obra se refleja ya la complejidad de la problemática cristera. Los rebeldes descritos por De Anda no son malos ni buenos,

sino víctimas de su ignorancia. El autor ve con cierta simpatía la posición del gobierno, pero también critica sus errores⁷.

Los bragados (1942)⁸. José Guadalupe de Anda trata el tema de la continuación de la guerra cristera en el segundo levantamiento armado de los años treinta. Los bragados son bandoleros que se dedicaron a saquear en los pueblos con el pretexto de luchar en contra de los "maestros impíos" de las escuelas oficiales. El tema central lo constituyen los sufrimientos de los maestros rurales que se sacrificaron por la educación del pueblo. Entregadas las armas por parte de los cristeros, los conflictos entre la Iglesia católica y el estado continuaron a través de la educación.

La guerra santa⁹. Es el título de la novela con que se dio a conocer Aurelio Robles Castillo, autor nacido en Guadalajara en 1901. Esta novela tuvo una amplia difusión tanto en su versión escrita como en la cinematográfica. En ella se presenta la versión gubernamental del conflicto frente a un pueblo sencillo y fanatizado por el clero; las presiones morales que éstos ejercieron para arrastrar a los campesinos a una lucha que no comprendían, y cómo un ingeniero organiza las tropas agraristas para acabar con los cristeros. Se trata de una novela sensacionalista y trivial que poco refleja el conflicto real.

Pensativa, de José Goytortúa Santos (1944)¹⁰. La figura central es una generala del ejército cristero y la trama se desarrolla en la etapa posterior al conflicto. Pensativa no se escapa de los arquetipos clásicos de la mujer combatiente: extremadamente bonita, rica y buena. Después de la guerra se refugia en su hacienda destruida viviendo en el anonimato, acompañada por sus soldados sobrevivientes. Cuando conoce a su verdadero amor, y éste no acepta que su futura esposa haya estado involucrada en tan sangrientos hechos, escapa a Europa y decide tomar los hábitos. Literariamente es una novela importante y bien estructurada, donde la figura femenina es central.

2. Imágenes de la guerra cristera en algunos cuentos del occidente de México.

Los autores de estos cuentos pertenecen a la generación que vivió la guerra, y describen su experiencia personal, y a los de la siguiente, que recoge los testimonios de sus familiares quienes participaron directamente en el enfrentamiento. La lectura de estos cuentos nos permite descubrir aspectos de la guerra

cristera poco analizados, que han permanecido en la memoria colectiva y se han transmitido de una generación a otra a través de la tradición oral.

Hombres de armas¹¹ de José Gudiño Villanueva (Sahuayo 1916). Publicado en 1979* Ed. Colegio Internacional, Guadalajara, este pequeño libro de cuentos muestra que el autor es un escritor de talento. Gudiño tuvo contacto directo con la guerra durante su infancia, ya que cuando el levantamiento se inicia, él contaba con 10 años de edad.

Los primeros seis cuentos se refieren a la revolución de 1910-1917 y se titulan **Final** (de la revolución y su primer aniversario de vida) le siguen **Llanto**, **Encuentro**, **Hombres de armas**, **El nuevo adepto** y **El coronel**. En **Aquellos días** aborda el tema de la guerra cristera en 21 páginas. En **Dichoso el real** se refiere al segundo levantamiento cristero de 1932 y finaliza con **Mi amigo el general**, donde narra la vida de Gumaro Peña y su participación en estos acontecimientos.

El cuento **Aquellos días** se refiere directamente a la guerra cristera. Primero describe la situación desde la perspectiva de un niño, indicando a la vez fechas concretas. El capítulo V se inicia con las siguientes palabras:

“1926. Año en que pasan cosas raras en el pueblo. Creo que en todas partes. El clero y el gobierno civil están en pugna. Aquél excomulgando a los padres y tutores que manden a sus hijos a las escuelas oficiales, -las únicas que están en funciones- éste, el gobierno queriendo llevarnos a la fuerza, para lo que ha lanzado a la gendarmería en persecución nuestra. En esto llega el día 4 de agosto y a la más alta autoridad de la región se le ocurre cerrar los templos. Sordos rumores han corrido al respecto desde tiempo antes y las gentes del lugar se aprestan a la defensa. Unos consiguen rifles, otros pistolas y la mayoría simples cuchillos o machetes. Las mujeres quieren tomar parte también en el motín y (válgales su buena voluntad) han molido chile seco y lo han mezclado con cal para, en el momento oportuno, arrojarlo a los ojos de los atacantes”.

El niño no se interesa mucho por el pleito y comenta lo que ha oído decir. Se excomulga a los padres que mandan a sus hijos a las escuelas oficiales y por todos lados se avisa del peligro de los *masones*. Los masones son considerados, en el discurso cristero, como ateos y enemigos de la Iglesia.

Una afirmación común entre las personas que vivieron la época es que el cierre de los templos, que fue la causa principal que motivó al pueblo a levantarse en armas, fue una decisión de las autoridades civiles. Gudiño recoge este hecho con la afirmación de que a la más alta autoridad de la región se le ocurre cerrar los templos. Ahora sabemos con certeza que la jerarquía católica y no la autoridad civil toma esa decisión, pero desde la perspectiva del niño no puede saberse, porque él relata lo que oye decir a los adultos. La situación se vuelve cada vez más tensa, y se desata una cruel lucha armada entre los dos bandos. El niño escucha el grito de *¡Viva Cristo Rey!* y ve cómo un par de damas vacían sus pistolas sobre un policía indefenso. Hay varios muertos y heridos pero él no comprende la gravedad de la situación y goza *mirando cosas tan pintorescas*. A un policía herido en el estómago, gritan él y su primo: *ya te tumbaron, Gacho*.

Después cambia el autor la perspectiva del niño por la del adulto. Los sacerdotes tienen que esconderse y los cristeros eligen a uno de los suyos como general. Surgen conflictos de conciencia entre los gobiernistas porque ellos también son cristianos. El jefe político, hijo de padres cristianos, cristiano él mismo en el fondo, promete que

“no será colgado ni un cura del lugar en tanto que las riendas del poder estén en sus manos.”

Curiosamente no aparece en el texto la palabra *católico*, se habla de *Cristo Rey*, *cristianos* y *cristeros*. La gente suele decir *yo soy cristiano*.

En el capítulo VII el autor explica el conflicto cristero desde su punto de vista:

“Las gentes se dividen en dos facciones irreconciliables y fanáticas. El católico se considera portaestandarte de santidad y de limpieza, aunque su fariseísmo tenga flores de lascivia, de rapiña y de crueldad. Odia con toda el alma a los elementos gobiernistas olvidando las máximas del Evangelio. Por su parte, el del bando contrario se encuentra juzgado réprobo, un anticristo y se conduce como tal, procurando llegar hasta el exceso, a pesar de que ayer se sentía cristiano. El uno se autoperdona concupiscencias y asesinatos porque “no ha renegado de Dios”, mientras que el otro, sugestionado por la idea de la reprobación temporal y eterna, piensa, habla y obra como condenado en vida.”

Todo esto no impidió que los soldados de cualquiera de los bandos pidieran la ayuda de un sacerdote al caer heridos. El autor no apoya ciegamente alguna de las posturas. Acusa al católico de fariseísmo y de

olvidarse del evangelio. Tampoco aprueba el papel de anticristeros que juegan los del bando contrario. A la hora de la muerte los unos son tan cristianos como los otros. En el fondo no hay tanta diferencia entre los elementos gobiernistas y los alzados cristeros.

En el capítulo XI describe cómo los cristeros recién amnistiados entran a su pueblo:

“El pueblo los vitoreaba, ellos recibían palmas con dignidad solemne. Las campanas, regocijadas, después de años de enmudecimiento, cantaban a gloria, y este repicar hacía que brincara el corazón de las gentes como si volvieran a una vida de felicidad, buscada con anhelo, durante mucho tiempo. Era la apoteosis del triunfo -así lo creíamos los pacíficos-...”

Aquí no se presenta la Cristiada como una lucha gloriosa sino como una pesadilla. Todo mundo está contento porque ya se puede vivir en paz. Al autor no le preocupa el hecho de que los cristeros no hayan ganado su guerra. Para él sólo se terminó un capítulo sangriento de la historia mexicana y por eso concluye sus recuerdos de infancia con las siguientes palabras:

“Una época de nuestra historia quedaba escrita en los archivos del pueblo... y de mi existencia.”

Sin embargo, a pesar de las paces entre el gobierno y la Iglesia, algunos líderes cristeros continuaron la lucha. En *Dichoso el Real...* Gudiño nos cuenta un episodio de esta segunda fase de la Cristiada. Para él Ramón de la Cruz, el héroe de su historia, es sólo uno de los numerosos revolucionarios que prefiere la vida de bandolero a la de un campesino pacífico. Para la gente, los soldados de Cruz

“...nunca dejaron las armas, siguieron peleando por su cuenta. ¿Peleando? ¿Contra quién? Siguieron asaltando, pidiendo préstamos aquí y allá, y asesinando a quienes no se plegaban a sus exigencias...”

A Cruz cualquier conflicto social le sirvió de pretexto para levantarse en armas:

“Después de Villa vino la cristiada y los de de la Cruz se aprovecharon de ella, robaron y mataron hasta que quisieron con la etiqueta de cristeros”

El gobierno, con el pretexto de perseguir a "los alzados", hizo lo mismo. También a Ramón de la Cruz lo persiguen y un día sitian su casa, donde se encuentra él con fiebre en la cama. Ramón no tiene convicciones políticas pero sí es un hombre valiente. No se rinde y defiende su casa, a pesar de su enfermedad, a capa y espada: "En el pecho de doña Engracia brincó el orgullo de verse madre de un hombre así".

Ramón de la Cruz se asemeja a Demetrio Macías, el protagonista de *Los de Abajo* de Mariano Azuela; al final de su vida Demetrio tampoco sabe por qué causa está luchando, pero cuando el enemigo lo sorprende en una emboscada no se entrega ni pide clemencia, sino que se defiende hasta el último momento y muere como héroe. Pero Ramón, de cuya valentía está tan orgullosa su madre, logra salvar su vida ofreciendo dinero a un sargento y traicionando a su asistente, quien se muere en su lugar. Para el autor, más que un hombre valiente, Ramón es un "viejo zorro de Los Altos". Describiéndolo de esta manera desmitifica la Cristiada, que para él no fue una época gloriosa de la historia patria sino un episodio que causó graves desgracias a los mexicanos.

1927, Luto en primavera¹². Alfredo Leal Cortés (Guadalajara 1931) es un autor regional que no vivió la guerra, pero la conoció a través de las narraciones de sus padres y tíos, quienes fueron combatientes cristeros. Los padres heredan al hijo el trauma de la causa perdida, que refleja en este cuento. Presenta episodios de la guerra en Guadalajara desde la perspectiva de sus padres y tíos, quienes perdieron gran parte de su fortuna a causa de esta guerra, y reconstruye el ambiente tenso durante estos años. Como los templos están cerrados se organizan misas clandestinas en casas particulares. En una de ellas, en casa de los padres del autor, llegan los soldados y detienen a la familia y a sus amigos. Cuando salen de la cárcel se enteran de que los militares habían detenido y fusilado a Anacleto González Flores.

No es tanto la acción sencilla que sostiene el cuento, sino la atmósfera de resignación y angustia que refleja, lo que lo hace interesante. Los familiares del autor aún no han aceptado su derrota y piensan que con más apoyo hubieran ganado la guerra cristera: "El tío Carlos soltaba sus fuimos traicionados, dentro y fuera; con armas suficientes hubiéramos tumbado al gobierno." Es ésta la actitud típica de un derrotado, que se constata también en numerosos testimonios. Una actitud de este tipo genera desconfianza; nadie se atreve a hablar del tema por miedo a la represión, pero ya no hay remedio: es necesario aceptar la derrota:

“La tía Ana se colocaba el dedo en los labios, suplicándole con la mirada que ya no hablara del tema, y rápido los dos cambiaban de conversación y se metían al silencio.”

Silencio es una palabra clave en este cuento:

“ya te das cuenta que lo conveniente era callarse.”

Un poco más adelante el autor se expresa con más claridad:

“Lo cierto entre el silencio y las palabras sueltas fue la denuncia”.

Víctima de la denuncia fue Anacleto González Flores. Su muerte desmoralizó a los cristeros de Guadalajara:

“Doña Rosario... desde aquel día se hizo más taciturna, casi inabordable y no por mal humor: intuyó o supo de la traición, del chivatazo y la desconfianza se adueñó de ella hasta volverse misteriosa”.

No pudo olvidarse de lo que había pasado y se aisló cada vez más. Hasta su muerte, a cada pariente y a cada amigo lo miraba *con sospecha y con perdón*. Su familia se dedicó a *resistir en silencio y practicar la doctrina*.

El cuento está lleno de sospechas y miedo a los *chivatazos*. El gobierno fomenta la *espía* para descubrir las casas donde se decían las misas, que de esta manera se habían convertido en *centros de conspiración*. A la acción de los soldados se enfrentan con valentía las esposas de los cristeros, *aquellas anónimas mujeres*. La gente ya no recobró la confianza, *parecían haberse contagiado de una enfermedad muy rara y destructiva: el silencio*. Silencio que es interrumpido sólo con el rumor de la muerte de Anacleto. Ahora el gobierno empieza a controlar la situación. Muchos miembros de las familias cristeras son desterrados de la ciudad. Al final del cuento, en una reunión familiar ocurrida veinte años después de los acontecimientos, se platica acerca del destino de los cristeros desterrados, y se llega a la conclusión de que *todo fue una barbaridad*.

Alfredo Leal nos pinta un cuadro impresionante del miedo y terror que reinaba en Guadalajara en 1927, año en que acibillaron a Anacleto González Flores. Se trata de un cuento lleno de detalles interesantes, por ejemplo la descripción de las misas clandestinas; pero lo que expresa con mayor precisión es el ambiente de desconfianza y sospechas que surgió en este tiempo y que afectó la vida de familias enteras.

La celebración de misas clandestinas es un acontecimiento típico de la Cristiada. Elena Garro aborda este tema en su novela *Los recuerdos del porvenir*; pero a Garro ningún lazo directo la une con la guerra, de manera que su descripción de las misas clandestinas es sólo una referencia histórica. Alfredo Leal, en cambio, nos hace ver las consecuencias nefastas que tuvieron estas prácticas clandestinas para muchas familias mexicanas, poniendo frente a nuestra vista el caso de su propia familia. Con **1927, luto en primavera** logró un excelente cuento sobre el silencio, el miedo y la desconfianza que surgieron durante la guerra cristera en Guadalajara, así como en otras ciudades. Silencio, miedo y desconfianza son los sentimientos que quedaron marcados más fuertemente en la memoria colectiva, sentimientos que prevalecieron durante mucho tiempo entre la gente, pero de ninguna manera frente a la Iglesia Católica, en la que a pesar de todo se siguió confiando. Para Alfredo Leal, igual que para José Gudiño, la Cristiada deja recuerdos desagradables y es una etapa vergonzosa de la historia de México.

El peso de la palabra¹³. Luis Sandoval Godoy (El Teúl, Zac. 1931) narra cómo un cristero lleva a su compañero muerto a su tierra natal para enterrarlo allí:

“no me hacía el ánimo a dejarte en tierra extraña y menos en este rancho compuesto de pura gente enemiga”.

El cuento es un monólogo interior que inicia de la siguiente manera

“Vi cuando te tumbaron y dije: Me lleva la rechintola, te desgraciaron, hermano, pero eso no se queda así. Voy a vengarte. No sé cómo ni dónde. Ora, mañana o al rato, pero este asunto se va a arreglar.”

Estas palabras expresan una rabia impotente. Es imposible localizar al soldado que mató al compañero. El enemigo había ganado esta batalla, pero el narrador está convencido de que los cristeros van a triunfar: *Dónde iban a acabar con los que luchábamos por Cristo Rey...*

Luis Sandoval simpatiza con la causa cristera y no la cuestiona. Él la describe como una lucha heroica del pueblo creyente. Gudiño duda en algunos puntos de la moralidad de los cristeros, y Antonio Leal nos hace ver con nitidez el ambiente desagradable de desconfianza provocado por la lucha clandestina de los cristeros urbanos. Para Sandoval no hay problemas morales o ideológicos de ningún tipo. Su protagonista es un campesino que cree firmemente en la causa de Cristo Rey. Es un hombre que prometió a su compañero enterrarlo en su tierra natal, y a pesar de muchas dificultades trata de cumplir con su palabra, pero no logra completamente su propósito:

“Ya está bueno de tanto andarte zangoloteando por todos lados. Ya es justo que descanses.”

El cristero no continúa su viaje y termina su narración con las siguientes palabras:

“A los muertos les dicen que descansen en paz y tú podrás descansar en paz, muy tranquilo y quitado de la pena cuando te lleve a ese rincón, tierra de gente buena como es la de Huejuquilla.”

El peso de la palabra es un cuento costumbrista donde se refleja sobre todo la forma de pensar y actuar del campesino mexicano. Reproduce el habla del pueblo, menciona las fiestas y describe las mercancías que se venden en las ferias. El narrador las visita porque es vendedor ambulante:

“Ellos venden fruta de Bolaños, ropa que traen de Aguascalientes, loza de aquí de la región. Yo ya tengo muchos años arriando esto de la mercería y tanto nos vemos, y tanto nos encontramos en las fiestas de los pueblos de acá, que hemos acabado por ser casi amigos.”

Los valores que Sandoval destaca en este relato son la amistad y la lealtad de los hombres sencillos e ingenuos de estos pueblos, y no su religiosidad ni las causas de la guerra. El autor nos ofrece un cuadro colorido del occidente de México, sólo ensombrecido por el muerto que lleva a cuestas:

“Ahora en esta fiesta; después en Las Moras; la semana pasada en El Encanto. Ahora por San Antonio, otro día por San Isidro, después por Señora Santa Ana. Puras fiestas y puro alboroto en esta letanía de pueblos, pero ni ésta ni otras, ni ninguna, me hacen que me olvide de ti. No puedes quejarte, hermano, de tu hermano.”

Luis Sandoval se presenta en este cuento como un maestro del cuadro costumbrista. El narrador ficticio es un vendedor ambulante involucrado en la guerra, que viaja de feria en feria y de fiesta en fiesta. Con cariño nos describe el autor el carácter de la gente del pueblo mexicano, pero no profundiza en los problemas de la guerra cristera. Para el narrador ficticio de este cuento la rabia por la muerte de su amigo no es algo específicamente cristero. Un episodio de este tipo puede darse en cualquier guerra civil. En el cuento ***El peso de la palabra*** no está la reflexión sobre la guerra cristera, sino el elogio de la amistad y la lealtad. Mucho más importante que este relato, para la comprensión de la problemática de la Cristiada, es la novela testimonial ***La sangre llegó hasta el río***¹⁴ de Luis Sandoval en la cual nos cuenta la vida de la generala de cristeros Jovita Valdovinos y del soldado cristero Eugenio.

La cueva, El comisario y otros cuentos¹⁵. Augusto Orea Marín (Huajuapán 1928- Guadalajara 2008) incluye en este libro publicado en 1975, un cuento breve con el título ***El seis***. En él, un militar del ejército del gobierno cuenta cómo su tropa trata de localizar al *Seis*, un peligroso cristero. Después de muchos intentos frustrados el narrador descubre al *Seis* en un billar solitario, donde está jugando con su nieto, pero no se anima a enfrentarlo y en forma magistral termina Orea el cuento con las siguientes palabras:

“Calculé que enderezar el máuser me llevaría más tiempo que a él dispararme toda la carga. Volví a mirar las paredes despostilladas, un rayo de sol que entraba por la claraboya, al chamaco sonriendo sarcástico, las moscas que zumbaban. Recordé a Juana, mi caballo, las lomas amarillas de zacate recortándose contra el azul del cielo, las falsas sombras de los huizaches, las caras asustadas de mis cuatro compañeros.

Apreté los dientes y dije al viejo: Adiós, abuelo, siga su juego.”

En este cuento se refleja cómo después de muchos años permanecen los deseos de venganza, y cómo se apagan de repente al darse cuenta de que ninguno de los combatientes es ya el mismo. Los años los ponen en una nueva situación donde la vida cotidiana, el paisaje del terruño y la presencia de los descendientes, le hace pensar al soldado lo absurdo de continuar peleando y guardando viejas cuentas.

Obviamente el autor no tiene ningún interés especial por mencionar las causas de la guerra o tomar partido por alguno de los bandos. En *El Seis* sólo quiere describir la valentía y astucia de un famoso cristero, quien logra burlar la vigilancia de las tropas del gobierno. El *Seis* tiene cierto parecido con Ramón de la Cruz, el *viejo zorro de Los Altos* que nos presenta José Gudiño en *Dichoso el real...*

Los colgados.¹⁶ Cuento de Adalberto González González (Capilla de Guadalupe, 1940), donde describe a la guerra cristera como un episodio cruel y sangriento de la historia. Utiliza la técnica del monólogo interior a través del cual su protagonista, un joven campesino que se siente ajeno al conflicto, expresa sus impresiones de aquella época:

“Por aquellos días no había paz en aquel rancho, ora llegaban los sardos, nos amenazaban y nos dejaban sin nada dizque pa'que los cristeros no se fueran ajuarar con lo nuestro; y después nos cáiban los mentados cristeros y también arramblaban con lo poco que había dejado la tropa...”

Un día, regresando a casa, descubre el joven a su padre, sus hermanos, sus parientes y muchos vecinos del pueblo, muertos, colgando de las ramas de los árboles. No sabe si los asesinos eran cristeros o soldados del gobierno. Traumado abandona su pueblo y en un lugar lejano se dedica a tallar figuras de madera. El terror que sintió en aquellos momentos se reflejó en su trabajo durante un largo tiempo:

“Lentamente fueron desapareciendo aquellas horribles muecas, aquellas pejugumbres, aquellas tristezas y vaciedades; y las caras y las manos de los angelitos y de los santos cada vez m'iban saliendo más naturales, más dulces, más amables, de la misma manera qu'iba yo también transformándome...”

Para jóvenes como el protagonista de este cuento, que vivieron la época sin comprender las causas del conflicto, la Cristiada se quedó grabada a través de las imágenes sangrientas de una guerra civil. La impresión de ver a los familiares colgados, que son con mucho las imágenes más recurrentes en los testimonios de quienes eran niños en esa época, queda recogida en el cuento de Adalberto González de manera magistral, al relacionarla con las expresiones de sus figuras talladas en madera, como un trauma del cual es difícil desprenderse y que sólo con el paso de los años se va borrando lentamente. Son imágenes que

marcaron a una generación, que además no entendió las causas del conflicto, para quienes sardos y cristeros eran igualmente bandoleros y asesinos.

El personaje de este cuento nunca supo, ni le interesó saber, quiénes fueron los asesinos de sus familiares. Cargó con el dolor y la impotencia durante cuarenta años, y por lo mismo nunca quiso casarse:

“-Oye, Perfo, ámonos casando a ver si así ti'alivias.

-Cómo crés, -le contestaba- mejor cástate tu; cría hijos, haz familia, como es normal; yo no puedo, toy malo del estómago, del corazón, del cerebro; tengo algo muy pesado por dentro, creo que n'ijos podría tener, y si los tuviera ni durarían la víspera, a lo mejor serían como yo, un rencor vivo con sabor a muerte, a lo mejor ni les importaría nada, a lo mejor”.

Casi todos los cuentos aquí analizados evocan la Cristiada como un episodio sumamente cruel de la historia de México. En esta guerra no hubo ganadores ni perdedores. Tampoco es tan importante saber quién tenía la razón. Lo único que interesa es curar las heridas y superar los traumas que dejó la guerra cristera. A distancia, la Cristiada se percibe como una guerra heroica y gloriosa, pero cuando se la examina de cerca, se nota que se trató de una lucha cruel y confusa que causó mucho sufrimiento.

Bibliografía:

- De Anda, José Guadalupe, (1973) *Los Bragados*, Guadalajara. Departamento de Bellas Artes del Gobierno del Estado de Jalisco.
- De Anda, José Guadalupe (1974) *Los Cristeros. La guerra santa de Los Altos*, Guadalajara Departamento de Bellas Artes, Gobierno del Estado de Jalisco..
- González González, Adalberto. (1986) *Los colgados*. Guadalajara. Suplemento cultural de *El Informador*, 21 de mayo de 1986, pp. 12-13
- Goytortúa Santos, José (1972) *Pensativa*. México. Porrúa.
- Gram, Jorge (seud.) David G. Ramírez, (1953) *Héctor*. México. Ed. de autor.
- Gudiño Villanueva, José (1979). *Hombres de armas*. Guadalajara, Ed. Colegio Internacional.
- Leal Cortés, Alfredo. (1991) *Luto en Primavera*. en Ernesto Flores (comp.) *Antología del Cuento Jalisciense*, t. II, Guadalajara. Ayuntamiento de Guadalajara, pp. 454-463.
- Meyer, Jean, (1983) *La Cristiada*. 3t. México. Siglo XXI, 8ª ed.
- Orea Marín, Augusto (1975) *La cueva, el comisario y otros cuentos*. Guadalajara. Departamento de Bellas Artes del Gobierno del Estado de Jalisco.
- Robles Castillo, Aurelio (1975) *La Guerra santa*. Guadalajara. Departamento de Bellas Artes del Gobierno del Estado de Jalisco.
- Sandoval Godoy, Luis. (1998) "El peso de la palabra", Guadalajara. Suplemento cultural de *El Informador*, domingo 30 de agosto de 1998, pp. 12-13.
- Sandoval Godoy, Luis. (1986) *La sangre llegó hasta el río*. Guadalajara, Gonvill.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina y Federico Munguía Cárdenas. (2002) *Protagonistas y testigos de la guerra cristera*. Guadalajara. Universidad de Guadalajara.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina. (2012) *La guerra cristera. Narrativa, testimonios y propaganda*. Editorial Universitaria UdeG, Guadalajara.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina. (2000) *Testimonios sobre la revolución cristera. Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica*. Guadalajara. Universidad de Guadalajara. El Colegio de Jalisco.

Vogt, Wolfgang. *Literatura* en Fernando Martínez Réding (Director) (1992) *Enciclopedia Temática de Jalisco*, tomo VI, , Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco.

¹ Meyer, Jean, (1983) *La Cristiada*. 3t. México Siglo XXI, 8ª ed.

² Gram, Jorge (seud.) David Ramírez, 6a. ed., ed. De autor, México, 1953.

³ Wolfgang Vogt, *Literatura* en Fernando Martínez Réding (Director) *Enciclopedia Temática de Jalisco*, tomo VI, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1992, p. 85.

⁴ Robles, Fernando, *La Virgen de los cristeros*, Buenos Aires 1934, 2a. ed., México 1959.

⁵ Vogt, *op. cit.*, pp. 85-86

⁶ De Anda, José Guadalupe, *Los Cristeros. La guerra santa de Los Altos*, Departamento de Bellas Artes, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara 1974, 302 pp.

⁷ Vogt, *op. cit.*, p. 88.

⁸ De Anda, José Guadalupe, *Los Bragados*, Departamento de Bellas Artes del Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara 1975, 145 pp.

⁹ Robles Castillo, Aurelio, *La Guerra santa*. México 1937, 239 pp. La edición consultada la realizó el Departamento de Bellas Artes de Jalisco, Guadalajara 1975.

¹⁰ Goytortúa Santos, José. *Pensativa*. Porrúa, México 1944. Obtuvo el premio Lanz Duret.

¹¹ Gudiño Villanueva, José. *Hombres de armas*. Ed. Colegio Internacional, Guadalajara 1979.

¹² Leal Cortés, Alfredo. *Luto en Primavera*. en Ernesto Flores (comp.) *Antología del Cuento Jalisciense*, t. II, Ediciones del Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara 1991, pp. 454-463.

¹³ Sandoval Godoy, Luis. "El peso de la palabra", en suplemento cultural de *El Informador*, domingo 30 de agosto de 1998, pp. 12-13.

¹⁴ Sandoval Godoy, Luis. *La sangre llegó hasta el río*. Gonvill Guadalajara 1986.

¹⁵ Orea Marín, Augusto. *La cueva, el comisario y otros cuentos*. DBA Guadalajara 1975.

¹⁶ González González, Adalberto. *Los colgados*. suplemento cultural de *El Informador*, 21 de mayo de 1986, pp. 12-13